

Las Aventuras de Linus, el Catequista.

LINUS Y LA MULTIPLICACIÓN DE LOS
PANES

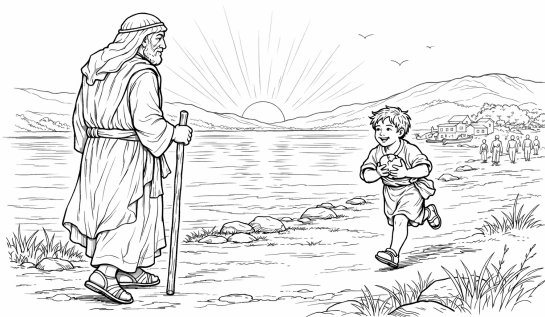
Boule Najm

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio, físico o digital, sin autorización expresa del autor.

Este libro ha sido creado para la formación espiritual y doctrinal del Pueblo de Dios. Su contenido está protegido para garantizar su integridad, fidelidad doctrinal y correcta transmisión.

Tabla de Contenido

1. El Llamado del Día	1
2. La Multitud y el Maestro	5
3. La Entrega de lo Poco	9
4. La Prueba de la Fe	13
5. El Silencio del Cielo	17
6. La Abundancia del Señor	21
7. El Pan que Permanece	25



El Llamado del Día

Cuando Jesús atrae el
corazón y comienza la
aventura.

La mañana amaneció clara sobre el lago de Galilea. El sol recién despertaba, extendiendo una luz dorada que hacía brillar las aguas como si fueran un espejo inmenso. El aire olía a hierba fresca

y a pan recién horneado en las casas de la aldea cercana. Era un día tranquilo, de esos en los que el corazón parece respirar más hondo.

Linus caminaba despacio por la orilla, apoyándose en su bastón de madera. Sus pasos eran firmes, pero tranquilos, como los de alguien que ha aprendido a escuchar el ritmo de la vida. Había pasado la noche en una pequeña casa de pescadores, compartiendo historias y enseñanzas con una familia que lo acogía cada vez que pasaba por allí. Ahora, con el amanecer, se dirigía hacia el monte donde Jesús solía enseñar.

Mientras avanzaba, escuchó un ruido detrás de él: pasos rápidos, pequeños, urgentes. —¡Linus! ¡Linus! —gritó una voz infantil.

Era **Efraín**, un niño de unos diez años, con el cabello revuelto y los ojos llenos de inquietud. Corría con todas sus fuerzas, sosteniendo contra su pecho un pequeño pan envuelto en un paño.

—¿Qué sucede, hijo? —preguntó Linus, inclinándose un poco para recibirlo.

Efraín respiraba agitado. —Mi mamá... mi mamá dice que Jesús está cerca. Que hoy va a enseñar. Y que debemos ir. Pero... —miró el pan en sus manos— solo tenemos esto. Mi papá trabajó toda la noche y no pudo pescar nada. No tenemos comida para el día.

Linus lo miró con ternura. —¿Quieres ir a escuchar a Jesús?

El niño asintió con fuerza. —Sí. Pero tengo miedo de que no tengamos nada para comer. Mi mamá dice que habrá mucha gente. Y yo... yo no quiero que tengamos que volver a casa por hambre.

Linus puso una mano sobre su hombro. —Efraín, hijo... cuando Jesús habla, el corazón se llena. Y cuando Él está cerca, nada falta. Vamos juntos.

El niño sonrió, aunque todavía con cierta preocupación. —¿Crees que este pan... servirá?

Linus miró el pan con atención. Era pequeño, sencillo, hecho con harina y agua, como los panes de los pobres. —Dios hace grandes cosas con lo pequeño —respondió—. Ven, caminemos.

Mientras avanzaban hacia el monte, comenzaron a ver gente por todas partes: familias enteras, ancianos apoyados en bastones, madres con bebés en brazos, jóvenes curiosos, pescadores cansados pero esperanzados. Todos caminaban en la misma dirección, como si una fuerza invisible los llamara.

—Linus... —dijo Efraín, mirando la multitud— ¿por qué vienen tantos?

—Porque Jesús habla como nadie ha hablado —respondió el catequista—. Sus palabras son luz. Y la luz atrae a quienes buscan esperanza.

El niño apretó el pan contra su pecho. —Yo quiero escucharlo. Quiero aprender.

Linus sonrió. —Y lo harás, hijo. Hoy será un día que no olvidarás.

Al llegar a la ladera del monte, vieron a Jesús a lo lejos. Estaba de pie, rodeado de sus discípulos, mirando a la multitud con una expresión de profunda compasión. No era la mirada de un maestro común. Era la mirada de alguien que conoce el corazón de cada persona que se acerca.

Efraín se detuvo. —Linus... —susurró— ¿crees que Él me verá?

—Él ya te ha visto —respondió Linus, con una certeza que no necesitaba explicación.

La multitud seguía llegando. El murmullo de voces llenaba el aire. Algunos comentaban que habían venido desde aldeas lejanas. Otros decían que Jesús había sanado enfermos el día anterior. Todos esperaban algo. Todos necesitaban algo.

Linus observó a Jesús. Había algo distinto en su rostro ese día. Una serenidad profunda, pero también una intención clara. Como si supiera que estaba por suceder algo grande.

Efraín tiró suavemente de la túnica de Linus. —Tengo hambre —susurró.

Linus miró el pan en sus manos. —Guárdalo, hijo. Quizá hoy Dios nos enseñe algo sobre el hambre... y sobre la fe.

Jesús levantó la mirada hacia la multitud. Sus ojos recorrieron los rostros, uno por uno, como si los conociera desde siempre. Y entonces, con voz firme y suave, comenzó a hablar.

La aventura estaba por comenzar.

MORALEJA:

Cuando buscamos a Jesús, llevamos con nosotros nuestras preocupaciones, nuestras necesidades y lo poco que tenemos. Pero Él mira más allá de lo que traemos en las manos: mira el corazón que se acerca. Y cuando el corazón se abre, Dios comienza a obrar.